

sus árboles; y con todo esto, no faltó alguna gente que, al ruido de las espadas y confusos gemidos de don Pedro, no acudiesen volando; haciendo igual diligencia sus amigos, aunque unos y otros tan tarde, que ya estaba dispuesto el mal recaudo, y don Sancho, rompiendo por los ministros de justicia, que nunca faltan en tales ocasiones, ya en parte con algunas espaldas, y ya dándole lado, no hubiese en un momento desaparecido.

Y fué el caso que cogiendo la primera calle, hallando á pocos pasos abierta la puerta de una grandiosa casa, arrojándose en ella y cerrándola con una fuerte aldaba, sin ser de nadie visto, aseguró algún tanto su temor; del cual, regido, pareciéndole que el ruido y concurso de la calle era todo en su busca y seguimiento, sin reparar en lo que hacía, viendo una pequeña luz al fin del zaguán, guió hacia ella; y hallando un cancel abierto, se entró en la primera cuadra, en quien durmiendo y en mortal descuido, miró una esclava encima de unos cajones, cosa que le hizo presumir aguardaba gente de fuera; con que alentando el paso, sin más considerarlo, de un aposento en otro, y de una sala en otra, y sin ser sentido de algunas personas, que á la confusa luz que entraba de la luna, por unas altas rejas, vió en diferentes lechos reposando, vino á dar con su cuerpo en unos largos y espaciosos corredores, y de ellos en otro rico cuarto, y sin com-

paración más adornado con preciosas colgaduras y diferentes arreos. Del cual (cosa que espanta, siendo de noche y con tan breve luz), salió á una galería cubierta de tanto oro, así de los marcos de diversas pinturas, como de los follajes y mazonería de sus bóvedas, que no echó menos á los rayos del sol.

## CAPÍTULO XXV

### *Admirables sucesos de don Sancho huyendo de la justicia.*

ESTABA toda la galería á concertados trechos, llena de ventanaje, que caía á un ameno jardín. Corrióla don Sancho brevemente, admirado tanto de su gracioso adorno, cuanto de ver que en la pared frontera de una puerta se divisaba un resquicio de luz; con que perdido ya aquel temor primero, no parando hasta ella, apenas la tocó, cuando abriéndola, se halló en una cuadra cuya riqueza y curiosidad, siendo admirable, interrumpió algún tanto el verse en un instante salteado y hecho salteador de la más notable aventura que hasta entonces vieron sus ojos. ¿Quién le dijera á aqueste caballero que en una noche tan rigurosa y llena de peligros para su vida hallara tales desenfados y alientos? Por cierto, los acaecimientos de los hombres son notables, y la Providencia superior que los gobierna, asom-

bro digno de toda reverencia y estimación. Veráse cuerdamente este infalible efecto, antes que demos fin á nuestra historia.

Y así, volviéndonos á ella, digo que aún no había don Sancho puesto los turbados pies en aquel aposento, cuando impensadamente se vió ofuscado y casi sumergido entre los blandos rayos de unos divinos ojos; y esto, con tanta fuerza y enajenación, que en buen espacio no pudo discernir en que realmente, la verdadera luz que alumbraba aquel puesto era una blanca vela, que en un candelero de plata, bufete de lo mismo, daba alma á un libro en quien leía aquel objeto hermoso que le tenía suspendido. El cual, viendo tan temeroso acaecimiento, queriendo dar voces, á la primera despertó á don Sancho que, reconociendo su peligro si aquel ángel alborotaba la casa (que hasta entonces aún dudaba fuese mujer mortal), acercándose al precioso lecho en que estaba acostada, procuró suspender su temor, asegurándola como mejor el suyo le dió lugar; si bien importara poco esta diligencia, si abriendo más los ojos no reparara el daño y acudiera con descorteses muestras y amenazas al remedio; con que la triste dama, eclipsado el más hermoso rostro que miraron mortales, estando casi muerta, hubo de reprimir su voz, comenzando, viéndose en tal aprieto, un muy amargo llanto, que enterneciendo nuevamente el pecho de don Sancho, no excusó el mitigarle, satisfaciéndolo con

decir en forma siguiente el origen y causa que le había traído.

—Mucho siento, señora mía, y tanto como el peligro que á vuestra casa y á daros este enojo me redujo, la pasión con que os miro y considero por tantos caminos temerosa de ver, y con razón, hombre no conocido y á semejantes horas en tal puesto; mas el aprieto y riesgo de mi vida, y la natural defensa suya, me obligó á que, viniendo huyendo de quien deseaba quitármela, y hallando esta casa abierta, me valiese de su sombra para mi receptáculo y custodia; con que de un aposento y cuarto en otro, he llegado hasta aquí, anhelando siempre por quien pusiese con seguridad y salida secreta, límite á mis cuidados; y nunca he descubierto, hasta ver este milagroso portento, persona á quien recomendar mi necesidad y aficción, y así, piadosamente, pudiendo darles el remedio que pido, os suplico por su ejecución, pues seguramente podréis creer que ni mis riesgos han buscado otra cosa, ni el noble ser que tengo, aunque vos lo ignoréis, me la permitirá emprender.

Había estado el tiempo que duró esta breve plática considerando, aunque temerosa, la gentil dama, el rostro grave, la persona bizarra y la compostura y discreción de aquel hombre que la estaba hablando; y pareciéndole no haber visto en sus pocos años tan grande perfección, poco á poco, haciendo juntamente sus partes la blan-

dura de sus razones, la piedad de sus ruegos, fué perdiendo el medroso desvelo. Y resolviéndose á favorecerle, sacándole del presente peligro, con mejor semblante le respondió que ella le pondría en salvo; y que mientras para hacerlo se vestía, descansase consolado de haber llegado á casa, que por dos ó tres puertas podían darle el seguro que buscaba.

Serían en este tiempo las doce de la noche; y así, al dejar de maitines, tirando las cortinas á su cama, brevemente salió vestida de un falde-llín francés, ropa de levantar, y uno y otro de precioso tabí; que no poco aumentaban sus visos y reflejos á la secreta fuerza de los hermosos ojos de su dueño; cuyo talle bizarro, aunque al parecer de no dieciséis años, era sumamente gentil. Abrió con esto otra segunda puerta de su cuadra, y siendo guía á don Sancho, bajando un caracol, dieron en el jardín que arriba dije, cuya fragancia; tanto con las sombras y bosquejos que de sus cuadros, cenadores, altas paredes y doradas rejas descubrió la luna, dejaron al mancebo en larga admiración; mas sacóle de ella al ver que, acercándose á una puerta que á su parecer y según el desaliento que traía saldría al campo, siendo la verdad que no correspondía sino á la Alameda, aunque á distante sitio del de su pendencia, llamándole la dama, le decía advirtiese el gran alboroto que sonaba, quizá efectos de su misma ocasión; y que

así le parecía suspendiese el propósito hasta más sosegarse. Obedeció don Sancho este consejo, y juntamente la siguió á un hermoso cenador, adonde sentándose los dos, á ruego de tal huésped, porque ya con menos miedo le miraba, contó sin nombrar los sujetos, digo á sí y á su hermano, todo el suceso referido.

## CAPÍTULO XXVI

*Degenera don Sancho en su proceder noble,  
y con violencia goza de la ocasión.*

No excuso en aquesta sazón el suspender mi historia á una breve consideración, pues es sin duda que, á no dejar diferidas las muchas que pueden ofrecerse, fuera poner en contigencia la verdad y no facilitar sus repugnancias; porque realmente no dejara de parecer terrible confianza ó suma libertad la que contemplo en esta hermosa dama, de quien, si ya por los requisitos, grandezas y esplendor con que la he pintado, queda desvanecido el último defecto, todavía el primero arguye poco juicio y menos experiencia, pues le fuera más fácil, á no ser esto así, el llamar á su gente y hacer poner en cobro aquel hombre, que animarse á ejecutarlo por sí sola, con tan disculpable materia á cualquiera exceso.

Esta objeción, á mi ver no pequeña, ha suspendido muchas veces la pluma, hasta que más

atento di en la excusa que más verdaderamente pudo favorecerle; porque es creible que la afi-gida dama, viéndose en tales términos, conside-ró profundamente que del llamar sus padres ó criados venía á incurrir en una irremediable y evidente sospecha y, por el consiguiente, en el daño mayor que podía temerse; porque es el caso certísimo que hallando en su aposento hombre de tales prendas, ni su honestidad dejara de quedar en opiniones, ni su fama en terrible detri-mento; y así, con más prudencia que prometían sus pocos años, eligió el menor riesgo, fiándose de aquél que por el mismo suyo había de callar cualquier fracaso, antes que de los muchos cria-dos, que á sus voces era fuerza acudiesen; ade-más que tampoco don Sancho, temiendo su peli-gro, se lo permitiría ni excusara el estar muy sobre aviso; con que ciertamente ella, según el estado presente, había elegido buena resolución, si como en este caballero resplandecían muchas y grandes excelencias, hubiera la abstinencia y castidad sido de semejante número.

Mas porque se conozca lo flaco y débil de nuestra ruin naturaleza y cuán poco debe nadie fiarse de su esfuerzo sin ayuda y favor del cielo, por más ajustado que nos parezca, y de más per-fecciones y virtudes, diré de éste, á quien con general estimación y aplauso daba Sevilla el tí-tulo de mayores requisitos, teniéndole por espejo de su juventud, por ejemplar virtuoso de sus cos-

tumbres, la facilidad de su caída, el defecto que ocultaba en su pecho y la ruina que causó su inconstancia; pues cuando más pudiera lamentar su peligro, así precipitado y ciego se dejaba despeñar en otros nuevos y en su tanto ma-yores.

Lloró tierna y amargamente la verdad de su costosa experiencia la hermosa dama, de cuya vista, rendido torpemente, apenas acabó de con-tarla su historia, cuando valiéndose de la oca-sión que más debiera agradecer, atrevido y des-compuesto, la dejó sin honra. Cosa que no sé cómo en medio de tan grandes y cuidadosos temores pudo emprender un hombre de razón. Ello, en fin, pasó así, quedando en el de su lascivo inten-to la forzada señora desmayada, y él tan arre-pentido y afrentado (efecto de su yerro y peca-do), que sin tener ánimo ni cara, para esperar las quejas lastimosas, que el caso prometía, su-biendo de una reja á las almenas del jardín, á todo riesgo de matarse ó dar con la justicia, se dejó derrumbar; y en cogiendo el suelo, sin aten-der á tomar siquiera alguna muestra, por señas de la casa, en quien había ejecutado semejante destrozo, se metió en la ciudad atravesando ca-lles y cruzando plazas; y librándole su fortuna de tantos como le buscaban, llegó en salvo á la puerta de dos grandes amigos suyos, mercaderes flamencos, y hermanos de los más poderosos y ricos de Sevilla, adonde, habiéndole sus criados

conocido, y siendo avisados, salieron á recibirle con entrañable amor.

Contóles brevemente su desgracia, y como entendía quedaba en ella muerto su hermano, y juntamente les pidió le amparasen; razón que, sin encarecimiento, estimaron en más que el mayor acrecentamiento de sus tratos y hacienda; y así, sin temor de su daño, gratos á la elección y confianza, desde luego encargaron la importancia de tal secreto á la familia, y agasajando al huésped, le hicieron cenar y reposar hasta el siguiente día, que con disimulación y cordura, hechos exploradores del suceso y estado de don Pedro, entendieron que él aún no había vuelto en su acuerdo, y que las justicias de la Audiencia y Asistente buscaban al matador, con tanta diligencia que, tomadas las puertas, los pasos, los caminos, no dejaban piedra ni sepulcro, ataúd ni bóveda, cuyos huesos no revolviessen, ni secreto lugar, iglesia y convento, que una y muchas veces no trastornasen é inquiriesen, sin perdonar las casas de sus deudos, amigos y allegados. Los pregones eran temerosos, las amenazas terribles; y en fin, todo era rigor, todo apercebimientos y cuidados; si bien en sus nobles pechos antes aumentaron con esto nuevos deseos de acudir á su huésped, favoreciéndole ó muriendo en la empresa; y realmente ellos anduvieron tan generosos en el discurso de la determinación como visteis, y tanto, que á no tener yo larga

experiencia del aliento y despejo con que emprenden semejantes acciones los nobles de aquella belicosa nación, dudara de escribir la que tenemos entre manos.

### CAPÍTULO XXVII

*Los dos amigos, amparando á don Sancho, facilitan su fuga, mientras su hermano vuelve de las heridas en su acuerdo.*

FINALMENTE, aunque por el desasosiego de don Sancho quisieron encubrirle tan graves preven- ciones, no pudieron, viéndole que importuno deseaba salirse luego de Sevilla; y así, advertidas tales dificultades, hubo de reprimirse y dejarse gobernar de sus buenos amigos, á quienes, muy puesto en razón damos tan honroso título; pues considerada la ocasión en que se mostraba, á cualquiera menos, si no en quilates, hiciera, como dicen, temblar la barba.

Era don Pedro de Castilla, como habéis entendido, uno de los grandes y calificados caballeros del Andalucía; y esto, junto con el riquísimo mayorazgo de que era dueño, no obstante su condición soberbia, le tenía puesto en estimación y predicamento grandísimo: además, que aunque toda la ciudad disculpaba á don Sancho, cierta (aun ignorándose lo secreto del caso) de que hubiese indigna y afrentosamente sido irritado á

semejante exceso; como quiera que la justicia tiene obligación á proceder por diferentes términos, y puesto en sus procesos y preámbulos sonaba el matar un hermano á otro fea y detestablemente, y más por materias de hacienda, es sin duda que á caer en sus manos, la cabeza del reo corriera notable riesgo.

Estaba aún hasta entonces don Pedro sin sentido, acribillado con horribles heridas, desangrado y en evidente peligro de morir; porque aunque sus amigos le acudieron con priesa, como todo fué tarde, ni el restañarle brevemente la sangre que perdía por tantas bocas, fué parte á que dejase de verse casi en los umbrales de la muerte; aunque siendo el cielo servido de que al segundo día volviese en todo su acuerdo, las esperanzas de su hermano se mejoraron; y aun las diligencias y prevenciones de la justicia hicieron pausa; y así, en sabiéndose esta buena nueva, se acudió á su declaración; porque hasta aquel punto, con su desfallecimiento, todo fué á ciegas y por conjeturas en lo escrito. Hízola el herido don Pedro verdadera y fiel; y si fué á su pesar, cierto sería temer á estrecha cuenta que según el peligro le estaba amenazando; y así tomando fuerzas el crédito y opinión de su hermano, y en breves días asegurado de sus nobles amigos, y llevando adelante el presupuesto que tan gran quiebra había ocasionado, se embarcó en una urca flamenca, con tal dispuesto avío, que ni sus

padres, viviendo, se le ordenara más rico y regalado.

Hiciéronle bizarros vestidos, plumas vistosas, galas de soldado y costosa ropa blanca; y juntamente le dieron quinientos escudos y letras para que sus agentes le acudiesen al mes con otros cincuenta; y con tanto y cartas importantes á sus deudos y amigos, le enviaron á Anvers; con que no sé yo adonde más pudo alargarse el ánimo el extremo de unos hombres particulares, de dos hermanos y amigos verdaderos. No pienso que estos tales se hallaran hoy en el mundo; y aun sospecho que entonces se inclinasen tan fuertemente menos que compelidos de alguna favorable simpatía que desde este punto mostró piadosa su invencible poder en cuantas acciones, pasos y movimientos ejecutó don Sancho; el cual, puesto ya en aquellas provincias, á pocos días su generoso y gallardo espíritu se hizo bien conocer, así de los naturales como de la milicia belicosa, que á la sombra del excelente duque de Alba contrastaba la fuerza de los alterados países.

## CAPÍTULO XXVIII

*Gran valor de don Sancho en los Países Bajos; favorece el Duque, y por honrarle le vuelve á enviar á España, en tanto que en Sevilla corren varios sucesos.*

Mostróse tan cortés, tan llano y socorrido el valiente andaluz, que no había en el ejército príncipe ni señor que no le honrase, ni soldado de estimación que no se preciase de su lado y posada. Llegó ésta á noticia del Duque; y como la virtud del ánimo no puede largo tiempo encubrirse, así deseando en don Sancho salir á luz en las primeras ocasiones que le empleó, que fué la toma de Mons de Henao, en sus asaltos, arrastrando una pica, la enarboló el primero, á pesar del contrario, en sus mismas almenas; y prosiguiendo tan honrados principios, después, en diferentes trances, hizo igual experiencia, y en la famosa rota que se dió al enemigo, prendiendo á su general Mos de Genlis, él fué quien, aclamando la victoria, anticipó el suceso, y quien, mediante su esfuerzo y valentía en aquel memorable Esguazo de Targoes, singular ejemplar para el de Cirquiza, dió á España honor eterno y á lo restante de la tierra, con semejante hazaña, admiración y espanto. Y éste fué, así mesmo, quien en singulares y peligrosos desafíos por la preeminencia y

honra de su nación, saliendo victorioso, la dejó en iguales respectos y opinión que el portugués Viriato; y, últimamente, él fué quien y por quien los ejércitos del Duque, vivían quietos, pues en la variedad de sus compuestos fué siempre la absolución de sus duelos y dudas, el montante de sus pendencias, amparo de sus riesgos, remedio de sus necesidades y el amigo y compañero de todos.

Con que no solamente vino á hacerse amable y famoso en aquellos países, sino en toda España, adonde habiendo llegado por diferentes medios al Consejo de Guerra sus servicios, y por el consiguiente á los oídos y noticias de aquel potentísimo príncipe y monarca Felipe II, prudente apreciador de tales méritos, deseó mucho verle y remunerarle según su grandeza, y así lo dió á entender, remitiéndole por su medio del Duque un hábito de Santiago, ventaja y conducta de caballos; en cuyo ministerio, habiendo servido algunos años, no con menor aplauso, antes con nuevos casos y dichosos sucesos, aumentó su opinión, y el amor y agasajo del excelente Duque. De manera que, sabiendo el deseo y gusto de S. M., con el primero aviso conveniente á su calidad, se le envió á España, en quien, y particularmente en Sevilla, estaba su fama extendidísima; porque los dos amigos flamencos, con quien siempre fué su correspondencia y amistad en aumento, no dejaban perder lance ni suerte con

que no aplaudiese la ciudad, y que con ella no se engrandeciese y alegrase dándoles el pláceme; no obstante que para don Pedro, su hermano, que ya estaba sano de las heridas, aunque con sus cicatrices y costuras, manco y disforme, eran semejantes nuevas mortales flechas que atravesaban su alma.

Había el odio y rencor envejecido con su acaecimiento, y juntamente con el dolor continuo, que cada día, mirándose al espejo, le refrescaban las señales del rostro, endureciéndose en su alma de suerte, que ningunos respetos bastaran á reconciliarle con don Sancho. El cual también, por su parte, aumentando esta pena, con poderes que remitió á sus dos amigos, había fomentado el pleito de la hacienda, que le tenía usurpada, y de los alimentos pretendidos; y aun tan bien defendido que, diligenciándolo con larga mano tales agentes, y por otra parte cartas y favores del Duque, y sobre todo su justicia, tuvo tan buen efecto que, en todas instancias, condenaron á don Pedro en la restitución de frutos y réditos de lo uno y en mil y quinientos ducados de alimentos, con que se fué allegando tan gran suma, que le fué bien preciso, para su recompensa, estrecharse en sus gastos, y aun deshacerse de sus mejores joyas y preseas; porque, obstinado y terco, no quiso que de mano de su hermano se le hiciese en la paga la mucha comodidad, que le ofrecieron los dos amigos.

Con esto don Sancho se vino á hallar con más de treinta mil ducados, y sus alimentos, gajes y hábito. Y don Pedro, lleno de mil ponzoñas, y aunque empeñado, contento en parte por ver que su casamiento, por tantos años pretendido y deseado, andaba ya en términos de concluirse. Había en tal particular corrido con diferentes rumbos y accidentes; ya unas veces con próspera fortuna, y ya otras con tormentas y borrascas deshechas.

#### CAPÍTULO XXIX

*Prosigue en sus empleos don Pedro de Castilla, y en el interin vuelve á Sevilla por mandado del rey su mismo hermano.*

**D**IJOSE, casi generalmente, en Sevilla que á la honesta y hermosísima Floriana, desde la noche que don Pedro fué herido no se le miró el rostro alegre; y inquiriendo motivos, unos juzgaban su tristeza respecto de las defectuosas cicatrices, y otros por la ruinada mengua de su empleo. Y si va á decir verdad, de la ocasión redundaban sus mayores sentimientos, y con tan grande extremo (bien que guiados por desiguales y secretos caminos), que no queriendo admitir ninguno de los muchos y aventajados casamientos que se le proponían, los más de ellos, perdida la esperanza y ofendidos de su ingratitud, desistiendo en su pre-

ensión, dejaron perseverante en ella á su primero amante, con quien, aunque naturalmente le aborrecía su afligida madre á falta de buenos, hubo de ponérsele en plática.

Sentía entrañablemente la noble viuda considerar su hermosa hija en edad de veinticinco años, y que aun en ellos su abstera y desdeñosa presunción la hubiesen puesto en término incasable, y por la misma causa, despintándosele graves y altos sujetos, que á haberlos ella apetecido, lo menos fuera tener entonces un título su casa; y además de esto, conociendo sus resoluciones y tristezas continuas, no tenía por buen medio apretarla ni persuadirla con mayores violencias, juzgando que, si las emprendía, se le metería en algún convento, como diversas veces había intentádolo con que perdida la esperanza de sucesión en su casa y herencia, no sólo contaba por perdida la grandiosa hacienda, sino por desvanecido y desechado el fruto que por tantos tiempos había sido de todos los suyos deseado. Tales y tan justos temores la traían cuidadosa, y no sin alguna sospecha de que, según lo que se decía del sentimiento de las heridas de don Pedro, hubiese la antigüedad y continuación de sus porfías hecho en su hija algún aficionado efecto; y así, sin curarse de las grandezas á que siempre aspiró, deseaba ahora que ella se declarase y que don Pedro no se arrepintiese.

En tales términos andaban estas cosas, al

tiempo que don Sancho, honrado de los grandes de España y al lado de algunos que por su mucho valor le acompañaron, entró á besar la mano á S. M.; de cuya real presencia agradablemente recibido, salió con una encomienda de tres mil ducados. Díjose que con alguna singularidad había admirado la valiente persona de don Sancho, con que bastó á extenderse, aun hasta Flandes, aquel grave concepto; tanto era poderosa cualquiera acción ó movimiento de este príncipe, el cual, no contento con mercedes semejantes, habiendo de enviar á Sevilla un personaje de su casa que fomentase el efecto de cierto servicio, que así aquella como las demás ciudades de sus reinos le habían concedido en forma de donativo para los gastos de sus continuas guerras; sabiendo cuán bien quisto y mirado era don Sancho en ella, le mandó proponer su voluntad y el servicio que recibiría, siendo él quien lo dispusiese; cosa que estimó el buen caballero, como era justo. Y así, alegre, obedeciendo al punto, tan sólo replicó el inconveniente que de las heridas de su hermano y del caer con él en otros mayores podía recrecerse, para que S. M., informándose de la verdad y circunstancias del suceso, pusiere en ello el medio que fuese servido. Hizolo como se le pedía el prudente príncipe, y enterado bastante, aun con la noticia del caso, honró más á don Sancho; y no sólo mandó escribir á las justicias, sino que asimismo le dió su real cédu-

la de amparo y seguro; y aunque, según su arriesgado espíritu, de esta segunda diligencia juzgó don Sancho poca necesidad, todavía conociendo el gusto de su rey, le estimó por favor notable. Y con tanto, sabiéndose su ida, generalmente regocijada previno la ciudad ó su mayor parte un gran recibimiento; de suerte, que á la entrada no quedó caballero, mercader ni oficial que no le acompañase y aplaudiese hasta su posada, que fué la misma de los nobles flamencos, sus amigos, adonde aderezada suntuosamente, fué aposentado; y con tanta mayor grandeza, que la pudiera ser en todo el reino; porque, además de la inestimable y preciosa voluntad con que era admitido, el poder y riqueza de los dos hermanos era el más cierto crédito de la Europa. En fin, don Sancho, tomando desde luego con fervor particular el beneplácito de aquel magnífico ayuntamiento, dió principio al intento para que le enviaban; y prosiguiendo en él con prudencia y cordura, no sólo granjeó los ánimos á cumplir la promesa ofrecida, sino que por su amor y respeto la adelantaron á porfía; y de suerte, que S. M. se tuvo por tan bien servido, cuando lo entendió, que le mandó dar buen acostamiento y acrecentar los gajes y ventajas.

## CAPÍTULO XXX

*Diversos regocijos festejando á don Sancho, y el suceso que en uno de ellos tuvo.*

Las fiestas que en este ínterin le hacía Sevilla eran por otra parte tan continuas y alegres, que pocos días se pasaban sin que, ó ya en una plaza, ó ya otra, se corriesen toros ó dispusiesen diferentes regocijos; entre los cuales sus dos caros amigos, no queriendo en alguna demostración quedar cortos, trazaron á su usanza un alegre festín, en quien hallándose particularmente lo mejor de su nación, no quedó dama en Sevilla de calidad y cuenta, que ya de embozo ó descubierta, no le honrasen con su presencia.

Hubo en él notables aventuras, ingeniosas letras, invenciones y máscaras; y, sobre todo, un hermoso teatro, infinito de bizarros embozos, que sin dejar los mantos y el secreto, danzaron admirablemente, sacando muchas veces el gallardo huésped, digo, á don Sancho, blanco y fin de esta fiesta; el cual hizo en tal noche igual muestra de sus gracias y gentileza.

Entre las damas que danzaron con él, dos solas fueron las que, aventajando á las demás, pudiera su despejo dar envidia al sol mismo, si bien la una no admitió igualdad, porque en los circunstancias no hubo quien le negase el premio